



AYN RAND

LA REBELIÓN DE ATLAS

(ATLAS SHRUGGED)

Traducción de Domingo García

COLECCIÓN AYN RAND

Ariel

La rebelión de Atlas

AYN RAND

Traducido por Domingo García

Ariel

Título original: *Atlas Shrugged*

© Ayn Rand, 1957

© renewed Eugene Winick, Paul Gitlin, and Leonard Peikoff, 1985

Publicado por acuerdo con International Editors Co. y Curtis Brown, Ltd.

Los derechos morales de la autora han sido reconocidos

© de la traducción: Objetivismo internacional, 2019 (Objetivismo.org)

Revisión de la traducción: Javier Cuesta

© Editorial Planeta, S.A. / CEOE, 2019

© de esta edición: Centro de Libros PAPP, SLU.

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-3051-2

Depósito legal: B. 10.044-2019

Primera edición: mayo de 2019

Preimpresión: pleka sep

Impreso por Egedsa

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91.702.19.70 / 93.272.04.47.

Sumario

PRIMERA PARTE **No-contradicción**

Capítulo I.	El tema	11
Capítulo II.	La cadena	36
Capítulo III.	La cumbre y el abismo	53
Capítulo IV.	Los motores inmóviles	74
Capítulo V.	El clímax de los d'Anconia	100
Capítulo VI.	Lo no-comercial	140
Capítulo VII.	Los explotadores y los explotados	176
Capítulo VIII.	La Línea John Galt	232
Capítulo IX.	Lo sagrado y lo profano	270
Capítulo X.	La antorcha de Wyatt	311

SEGUNDA PARTE **O lo uno o lo otro**

Capítulo I.	El ser que pertenecía a este mundo	361
Capítulo II.	La aristocracia del pillaje	403
Capítulo III.	Chantaje con todas las de la ley	449
Capítulo IV.	La sanción de la víctima	489
Capítulo V.	Cuenta en descubierto	525
Capítulo VI.	Metal milagroso	562
Capítulo VII.	La moratoria de cerebros	598
Capítulo VIII.	Por nuestro amor	640
Capítulo IX.	El rostro sin dolor ni miedo ni culpa	666
Capítulo X.	El signo del dólar	688

TERCERA PARTE

A es A

Capítulo I. Atlántida.	735
Capítulo II. La utopía de la codicia	789
Capítulo III. Anticodicia	855
Capítulo IV. Antivida	905
Capítulo V. Los guardianes de sus hermanos.	951
Capítulo VI. El concierto de liberación	1009
Capítulo VII. «Soy John Galt quien habla»	1049
Capítulo VIII. El egoísta	1121
Capítulo IX. El generador.	1180
Capítulo X. En nombre de lo mejor de nosotros.	1202
Sobre la autora	1225

Capítulo I

El tema

—¿Quién es John Galt?

La luz estaba menguando, y Eddie Willers no podía distinguir la cara del vagabundo. El vagabundo lo había dicho con sencillez, sin expresión. Pero, desde el ocaso, allá lejos, al fondo de la calle, unos destellos amarillos alcanzaron sus ojos, unos ojos que miraban fijamente a Eddie Willers, socarrones y quietos, como si la pregunta hubiese sido dirigida a la extraña inquietud que había dentro de él.

—¿Por qué ha dicho eso? —preguntó Eddie Willers con voz tensa.

El vagabundo se apoyó contra el marco de la puerta; un trozo de cristal roto detrás de él reflejó el amarillo metálico del cielo.

—¿Por qué le molesta? —preguntó.

—No me molesta —espetó Eddie Willers.

Se llevó la mano al bolsillo apresuradamente. El vagabundo lo había parado para pedirle una moneda, y luego había seguido hablando, como si quisiese matar ese momento y postergar el problema del momento siguiente. Pedir monedas era tan frecuente en las calles esos días que no hacía falta escuchar explicaciones, y él no tenía ganas de oír los detalles de la desdicha concreta de ese vagabundo.

—Ve a por tu café —dijo, dándole la moneda a la sombra sin cara.

—Gracias, señor —dijo la voz, con apatía, y la cara se inclinó hacia delante durante un momento. La cara estaba bronceada por el viento, surcada por arrugas de cansancio y de cínica resignación; los ojos eran inteligentes.

Eddie Willers siguió andando, preguntándose por qué siempre se sentía así a esa hora del día, con esa sensación de temor sin motivo. No, pensó, no es temor, no hay nada que temer: es sólo una aprensión inmensa y difusa, sin causa ni objeto. Se había acostumbrado a esa sensación, pero no podía hallar ninguna explicación para ella; sin embargo, el vagabundo había hablado como si supiera que Eddie la sentía, como si pensase que era algo que uno debería sentir, y aún más: como si supiese la razón.

Eddie Willers irguió los hombros con meticulosa autodisciplina. Tenía

que acabar con eso, pensó; estaba empezando a imaginar cosas. ¿Siempre lo había sentido? Tenía treinta y dos años. Trató de hacer memoria. No, no siempre; pero no podía recordar cuándo había empezado aquello. La sensación lo invadía de repente, a intervalos aleatorios, y ahora le ocurría más a menudo que nunca. Es el crepúsculo, pensó; odio el crepúsculo.

Las nubes y los perfiles de los rascacielos recortados contra ellas se estaban volviendo marrones, como una vieja pintura al óleo, el color desteñido de una obra maestra. Largas vetas de mugre brotaban de la parte más alta de los edificios y bajaban por las esbeltas paredes devoradas por el hollín. Arriba, en el lateral de una torre, había una grieta con la forma de un relámpago inmóvil, de diez pisos de largo. Un objeto aserrado cortaba el cielo por encima de los tejados; era la mitad de una cúpula que aún retenía el fulgor de la puesta de sol; el enchapado de oro se había desprendido hacía ya tiempo de la otra mitad. El brillo era rojo y tranquilo, como el reflejo de un fuego: no un fuego vivo, sino uno que agoniza y que ya es demasiado tarde como para sofocarlo.

No, pensó Eddie Willers, no había nada de perturbador en aquella vista de la ciudad. Tenía el mismo aspecto que siempre había tenido.

Siguió andando, recordándose a sí mismo que volvía con retraso a la oficina. No le gustaba la tarea que tenía que hacer a su vuelta, pero había que hacerla. Así que no intentó demorarla, sino que se obligó a apretar el paso.

Dobló una esquina. Por el estrecho espacio entre las oscuras siluetas de dos edificios, como por el resquicio de una puerta, vio la página de un calendario gigante suspendido en el cielo.

Era el calendario que el alcalde de Nueva York había erigido el año anterior encima de un edificio, para que los ciudadanos pudiesen saber el día del mes igual que sabían la hora del día, mirando a lo alto de aquella torre gubernamental. Un rectángulo blanco colgaba sobre la ciudad, informando de la fecha a los hombres en las calles de abajo. A la oxidada luz de la puesta de sol de esa tarde, el rectángulo decía: 2 de septiembre.

Eddie Willers miró a otro lado. Nunca le había gustado ver ese calendario. Le incomodaba de una forma que no podía explicar o definir. La sensación parecía mezclarse con su sentido de inquietud; tenía la misma calidad.

Pensó de pronto que había una frase, algún tipo de cita, que expresaba lo que aquel calendario parecía sugerir. Pero no pudo recordarla. Caminó, devanándose los sesos en busca de esa frase, que colgaba en su mente como una silueta vacía. No podía ni llenarla ni ignorarla. Miró hacia atrás. El rectángulo blanco se alzaba sobre los tejados, diciendo con inamovible finalidad: 2 de septiembre.

Eddie Willers dirigió la mirada a la calle, a un puesto ambulante de verduras que había frente a la entrada de una casa de piedra. Vio un montón de zanahorias de color dorado brillante y de verdes puerros frescos. Vio una limpia cortina blanca ondeando en una ventana abierta. Vio un autobús doblando una esquina, conducido con maestría. Se preguntó por qué se sentía más tranquilo; y luego, por qué sintió el repentino e inexplicable deseo de que todas esas cosas

no fueran dejadas allí, a la intemperie, desprotegidas frente al espacio vacío que había encima.

Cuando llegó a la Quinta Avenida, fue mirando los escaparates de las tiendas por las que pasaba. No había nada que necesitara o quisiera comprar, pero le gustaba ver la exposición de productos, de los productos que fuera, de objetos creados por el hombre para ser usados por el hombre. Disfrutaba de la vista de una calle próspera; sólo una de cada cuatro tiendas había tenido que cerrar, dejando sus vitrinas oscuras y vacías.

No supo por qué de repente pensó en el roble. Nada se lo había recordado. Pero pensó en él y en los veranos de su infancia en la finca de los Taggart. Había pasado la mayor parte de su infancia con los hijos de los Taggart, y ahora trabajaba para ellos, como su padre y su abuelo lo habían hecho para el padre y el abuelo de ellos.

El gran roble había estado en una colina sobre el Hudson, en un lugar solitario de la finca de los Taggart. A Eddie Willers, con siete años de edad, le gustaba ir y mirar ese árbol. Había estado allí cientos de años, y él pensaba que siempre estaría allí. Sus raíces agarraban la colina como un puño con los dedos metidos en la tierra, y él pensaba que si un gigante lo cogiese por la copa, no sería capaz de arrancarlo, sino que se llevaría la colina y todo el planeta consigo, como una bola atada al extremo de una cuerda. Se sentía seguro en presencia del roble; era algo que nada podía cambiar o amenazar; era su mayor símbolo de fortaleza.

Una noche, un rayo cayó sobre el roble. Eddie lo vio a la mañana siguiente. Estaba tirado, partido por la mitad, y él miró en el interior de su tronco como quien mira la boca de un negro túnel. El tronco era sólo un cascarón vacío; su corazón se había podrido mucho tiempo atrás; no había nada dentro, sólo un fino polvo gris que se dispersaba al capricho del más leve viento. El poder vital había desaparecido, y la forma que quedaba no había sido capaz de mantenerse en pie sin ese poder vital.

Años más tarde, Eddie oyó decir que había que proteger a los niños de la conmoción, de la primera vez que oyeran hablar de la muerte, del dolor o del miedo. Pero a él ninguna de esas cosas le había dejado huella jamás; su conmoción vino estando allí de pie, muy callado, mirando el hueco negro del tronco. Fue una enorme traición, más terrible aún en cuanto no conseguía entender qué era lo que había sido traicionado. No era a sí mismo, eso lo sabía, ni su confianza; era alguna otra cosa. Se quedó allí un rato, sin hacer ningún ruido, y luego volvió caminando a casa. Nunca le habló a nadie de aquello, ni en ese momento ni después.

Eddie Willers sacudió la cabeza, mientras el chirrido de un mecanismo oxidado cambiando la luz de un semáforo lo detuvo al borde de la acera. Se sintió irritado consigo mismo. No había motivo para tener que recordar el roble esa noche. Ya no significaba nada para él, sólo una ligera nota de tristeza y, en algún lugar de su interior, un punto de dolor que se movía durante un instante y se esfumaba, como una gota de lluvia en el cristal de una ventana, con su rastro en forma de un signo de interrogación.

No quería tristeza alguna asociada a su infancia; le encantaban sus recuerdos: cualquier día de los que recordaba parecía inundado por una tranquila y brillante luz solar. Le parecía que unos cuantos rayos de esos recuerdos llegaban hasta el presente: no rayos, sino más bien puntitos de luz que le traían un resplandor momentáneo a su trabajo, a su solitario piso, a la callada y escrupulosa progresión de su existencia.

Pensó en un día de verano cuando tenía diez años. Ese día, en un claro del bosque, la única y preciosa compañera de su infancia le dijo lo que ellos harían cuando se hiciesen mayores. Las palabras eran contundentes y brillantes, como la luz del sol. Él la escuchó con admiración y sorpresa. Cuando ella le preguntó a Eddie qué quería hacer, él respondió de inmediato: «Lo que sea correcto», dijo, y añadió: «Deberías hacer algo grande; quiero decir, tú y yo juntos». «¿El qué?», preguntó ella. «No sé», dijo él; «eso es lo que tenemos que averiguar. No sólo lo que tú has dicho. No sólo negocios y ganarnos la vida. Cosas como ganar batallas, o salvar a gente de incendios, o escalar montañas». «¿Para qué?», preguntó ella. Él dijo: «El pastor dijo el domingo pasado que siempre debemos intentar alcanzar lo mejor dentro de nosotros. ¿Qué crees que es lo mejor dentro de nosotros?». «No sé.» «Tendremos que averiguarlo», dijo él. Ella no respondió; estaba mirando hacia otro lado, a la vía del tren.

Eddie Willers sonrió. Veintidós años atrás, él había dicho: «Lo que sea correcto». Había mantenido esa afirmación sin cuestionarla desde entonces; las demás preguntas se habían desdibujado en su mente; él había estado demasiado ocupado como para planteárselas. Pero seguía pensando que era obvio que uno tenía que hacer lo que fuese correcto; nunca había entendido cómo la gente podría querer hacer algo diferente; sólo sabía que la gente lo hacía. Le seguía pareciendo sencillo e incomprensible: sencillo que las cosas debieran ser correctas, e incomprensible que no lo fuesen. Sabía que no lo eran. Pensó en eso al doblar una esquina y llegar al gran edificio de Taggart Transcontinental.

El edificio se erguía como la estructura más alta y más orgullosa de la calle. Eddie Willers siempre sonreía cada vez que volvía a verlo. Sus largas franjas de ventanas estaban enteras, a diferencia de las de sus vecinos. Sus líneas se alzaban hasta cortar el cielo, sin esquinas resquebrajadas ni bordes erosionados. Parecía estar por encima del tiempo, inmaculado. Siempre estaría allí, pensó Eddie Willers.

Cada vez que entraba en el Edificio Taggart sentía alivio y una sensación de seguridad. Era un lugar de eficiencia y de poder. Los suelos de sus salas eran como espejos de mármol. Los rectángulos congelados de sus lámparas eran focos de luz sólida. Detrás de paredes de cristal, hileras de muchachas estaban sentadas frente a máquinas de escribir, y el repiqueteo de sus teclas era como el sonido de ruedas de tren acelerando. Y, como un eco en respuesta, un leve temblor atravesaba las paredes de vez en cuando, elevándose desde debajo del edificio, desde los túneles de la gran terminal de donde los trenes salían para cruzar un continente y donde paraban después de cruzarlo de nuevo, como habían estado saliendo y parando generación tras generación. «Taggart Trans-

continental», pensó Eddie Willers, «De Océano a Océano», el orgulloso eslogan de su infancia, mucho más brillante y sagrado que cualquier mandamiento de la Biblia. «De Océano a Océano, para siempre», pensó Eddie Willers, como si fuese un epitafio, mientras atravesaba los immaculados salones hasta llegar al corazón del edificio, al despacho de James Taggart, presidente de Taggart Transcontinental.

James Taggart estaba sentado en su escritorio. Parecía un hombre cercano a los cincuenta años que había empezado a envejecer desde la adolescencia, sin la etapa intermedia de la juventud. Tenía una boca pequeña y petulante, y el cabello ralo, aferrado a una frente con entradas. Su postura tenía una flacidez lánguida y descentrada, como desafiando a su cuerpo alto y esbelto, un cuerpo con una elegancia de linaje diseñada para la confiada pose de un aristócrata, pero transformada en el desgarbo de un patán. La carne de su rostro era pálida y blanda. Sus ojos eran insulsos y velados, con una mirada que se movía despacio, sin jamás pararse del todo, resbalando y pasando de largo por las cosas en eterno resentimiento de su existencia. Parecía obstinado y exhausto. Tenía treinta y nueve años.

Levantó la cabeza con irritación al oír el sonido de la puerta al abrirse.

—No me molestes, no me molestes, no me molestes —dijo James Taggart. Eddie Willers se acercó al escritorio.

—Es importante, Jim —dijo, sin levantar la voz.

—Muy bien, muy bien, ¿qué pasa?

Eddie Willers miró el mapa en la pared del despacho. Los colores del mapa se habían desteñido bajo el cristal; se preguntó remotamente cuántos presidentes Taggart se habían sentado delante de ese mapa y durante cuántos años. El ferrocarril de Taggart Transcontinental, la red de líneas rojas que cortaban el desteñido cuerpo del país, desde Nueva York a San Francisco, parecía un sistema de vasos sanguíneos. Era como si en algún momento, mucho tiempo atrás, la sangre se hubiese disparado por la arteria principal y, bajo la presión de su propia superabundancia, se hubiese ramificado en puntos aleatorios, corriendo por todo el país. Una línea roja trazaba un camino sinuoso desde Cheyenne, Wyoming, hasta El Paso, Texas: era la Línea Río Norte de Taggart Transcontinental. Nuevos trazados habían sido añadidos recientemente, y la línea roja se había extendido hacia el sur más allá de El Paso; pero Eddie apartó la mirada precipitadamente cuando sus ojos llegaron a ese punto.

Miró a James Taggart y dijo:

—Es la Línea Río Norte. —Vio cómo la mirada de Taggart se dirigía a una esquina del escritorio—. Hemos tenido otro accidente.

—Accidentes de ferrocarril ocurren todos los días. ¿Tenías que molestarme por eso?

—Ya sabes a qué me refiero, Jim. La Río Norte está acabada. Esa vía está hecha un desastre. La línea entera.

—Vamos a recibir una vía nueva.

Eddie Willers continuó como si no hubiese habido respuesta:

—La vía está hecha un desastre. De nada sirve intentar operar trenes por allí. La gente ya ni quiere arriesgarse a usarlos.

—No hay ningún ferrocarril en todo el país, me parece a mí, que no tenga unos cuantos ramales funcionando con pérdidas. No somos los únicos. Es una circunstancia nacional..., una circunstancia nacional temporal.

Eddie se quedó mirándolo en silencio. Lo que a Taggart no le gustaba de Eddie Willers era esa costumbre suya de mirar directamente a los ojos de la gente. Los ojos de Eddie eran azules, grandes e inquisitivos; tenía el pelo rubio y una cara cuadrada, común y corriente, excepto por ese aspecto de atención escrupulosa y de asombro franco y desconcertado.

—¿Qué es lo que quieres? —espetó Taggart.

—Sólo he venido a decirte algo que tenías que saber, porque alguien tenía que decírtelo.

—¿Que hemos tenido otro accidente?

—Que no podemos abandonar la Línea Río Norte.

James Taggart rara vez levantaba la cabeza; cuando miraba a la gente, lo hacía levantando sus pesados párpados y mirando hacia arriba desde debajo de la amplitud de su frente calva.

—¿Quién está pensando en abandonar la Línea Río Norte? —preguntó—. Nadie ha pensado jamás en abandonarla. Me ofende que lo hayas dicho. Me ofende mucho.

—Pero es que no hemos cumplido con un solo horario en los últimos seis meses. No hemos completado ni un solo recorrido sin algún tipo de avería, grave o menos grave. Estamos perdiendo a todos nuestros clientes, uno tras otro. ¿Cuánto tiempo podemos aguantar?

—Eres un pesimista, Eddie. Te falta fe. Eso es lo que mina la moral de una organización.

—¿Quieres decir que no se va a hacer nada con la Línea Río Norte?

—No he dicho eso en absoluto. En cuanto recibamos la nueva vía...

—Jim, no va a haber ninguna nueva vía. —Observó los párpados de Taggart levantarse lentamente—. Acabo de venir de la oficina de la Associated Steel. He hablado con Orren Boyle.

—¿Qué ha dicho?

—Ha hablado durante una hora y media y no me ha dado ni una sola respuesta válida.

—¿Para qué lo has molestado? Creo que el primer pedido de raíles no tenía que ser entregado hasta el mes que viene.

—Y, antes de eso, iba a ser entregado tres meses antes.

—Circunstancias imprevistas. Totalmente fuera del control de Orren.

—Y, antes de eso, la entrega era para seis meses antes. Jim, hemos estado esperando a que la Associated Steel nos entregue esos raíles desde hace trece meses.

—¿Qué quieres que haga? Yo no puedo llevar el negocio de Orren Boyle.

—Quiero que entiendas que no podemos esperar.

Taggart preguntó despacio, con voz medio burlona y medio cautelosa:

—¿Qué ha dicho mi hermana?

—No volverá hasta mañana.

—Ya, ¿y qué quieres que haga yo?

—Eso lo tienes que decidir tú.

—Bueno, independientemente de las otras cosas que vayas a decir, hay una que no vas a nombrar ahora, y es Rearden Steel.

Eddie no respondió de inmediato; luego, dijo suavemente:

—Muy bien, Jim. No lo nombraré.

—Orren es mi amigo. —No escuchó respuesta alguna—. Me ofende tu actitud. Orren Boyle enviará esos raíles en cuanto le sea humanamente posible. Mientras él no pueda entregarlos, nadie puede culparnos a nosotros.

—¡Jim! ¿De qué estás hablando? ¿No entiendes que la Línea Río Norte se está viniendo abajo, nos culpe alguien o no?

—La gente lo aguantaría..., tendría que hacerlo, si no fuese por la Phoenix-Durango. —Vio la cara de Eddie endurecerse—. Nadie se quejó jamás de la Línea Río Norte hasta que la Phoenix-Durango entró en escena.

—La Phoenix-Durango está haciendo un trabajo brillante.

—¡Imagínate!, ¡una cosa llamada la Phoenix-Durango compitiendo con Taggart Transcontinental! No era más que una distribuidora de leche hace diez años.

—Ahora tiene la mayor parte del tráfico de mercancías de Arizona, Nuevo México y Colorado. —Taggart no respondió—. Jim, no podemos perder Colorado. Es nuestra última esperanza. Es la última esperanza de todo el mundo. Si no nos recuperamos, vamos a perder todos los grandes clientes en ese estado a manos de la Phoenix-Durango. Ya hemos perdido los campos de petróleo de Wyatt.

—No entiendo por qué todo el mundo está hablando siempre de los campos de petróleo de Ellis Wyatt.

—Porque Ellis Wyatt es un prodigio que...

—¡Al diablo Ellis Wyatt!

Esos pozos petrolíferos, pensó Eddie de repente, ¿no tenían algo en común con los vasos sanguíneos del mapa? ¿No era así como el torrente rojo de Taggart Transcontinental había atravesado el país, años atrás, una hazaña que ahora parecía increíble? Pensó en los pozos de petróleo escupiendo un torrente negro que atravesaba el continente casi más deprisa de lo que los trenes de la Phoenix-Durango podían llevarlo. Ese campo petrolífero había sido sólo un pedregal en las montañas de Colorado, dado por agotado poco tiempo atrás. El padre de Ellis Wyatt había conseguido ganarse una mísera vida hasta el final de sus días sacando lo que pudo de los moribundos pozos de petróleo. Ahora era como si alguien le hubiese dado una inyección de adrenalina al corazón de la montaña; el corazón había empezado a bombear, la sangre negra había irrumpido a través de las rocas; y claro que es sangre, pensó Eddie Willers, porque sangre es lo que alimenta, lo que da vida, y eso es

lo que la Wyatt Oil había hecho. Había producido una conmoción en las viejas laderas de tierra dándoles una repentina existencia, había traído nuevos pueblos, nuevas plantas energéticas y nuevas fábricas a una región del mapa en la que nadie había reparado nunca antes. Nuevas fábricas, pensó Eddie Willers, en una época en que los ingresos por transporte de mercancías de todas las grandes industrias antiguas habían estado cayendo lentamente año tras año; un nuevo y rico campo petrolífero, en una época en que las bombas de extracción iban siendo paradas en un reputado campo tras otro; un nuevo estado industrial del que nadie había esperado nada más que ganado y remolachas. Un hombre lo había hecho, y lo había hecho en ocho años; eso, pensó Eddie Willers, era como las historias que había leído en los libros del colegio y que nunca había creído del todo, las historias de hombres que habían vivido en los albores del país. Deseaba poder conocer a Ellis Wyatt. Se hablaba mucho de él, pero pocos habían llegado a conocerlo en persona; raramente iba a Nueva York. Decían que tenía treinta y tres años y un temperamento violento. Había descubierto alguna forma de resucitar pozos petrolíferos agotados, y había procedido a reactivarlos.

—Ellis Wyatt es un cabrón codicioso a quien sólo le importa el dinero —dijo James Taggart—. Me parece a mí que hay cosas más importantes en la vida que ganar dinero.

—¿De qué estás hablando, Jim? ¿Qué tiene eso que ver con...?

—Además, nos ha traicionado. Hemos dado servicio a los campos de petróleo de Wyatt durante años, y muy adecuadamente. En tiempos del viejo Wyatt, llevábamos un tren cisterna por semana.

—Ya no estamos en los tiempos del viejo Wyatt, Jim. La Phoenix-Durango lleva hasta allí dos trenes cisterna al día, y los lleva con puntualidad.

—Si él nos hubiera dado tiempo para crecer juntos...

—No tiene tiempo que perder.

—¿Y qué espera? ¿Que larguemos al resto de nuestros clientes, que sacrifiquemos los intereses del país entero y le demos a él todos nuestros trenes?

—Bueno, no. Él no espera nada. Simplemente hace negocios con la Phoenix-Durango.

—Creo que es un rufián destructivo y sin escrúpulos. Creo que es un advenedizo irresponsable que ha sido tremendamente sobrevalorado. —Fue sorprendente oír una emoción repentina en la voz exánime de James Taggart—. No estoy tan seguro de que sus campos sean un logro tan beneficioso. A mí me parece que ha dislocado la economía del país entero. Nadie esperaba que Colorado se convirtiese en un estado industrial. ¿Cómo podemos tener alguna seguridad, o planear algo, si todo cambia todo el tiempo?

—¡Por Dios, Jim! Él es...

—Sí, lo sé, lo sé, está ganando dinero. Pero ése no es el estándar, me parece a mí, por el que uno mide el valor de un hombre para la sociedad. En cuanto a su petróleo, tendría que venir arrastrándose hasta nosotros, y tendría que esperar su turno junto a los demás clientes, y no exigiría más que su cuota justa

de transporte... si no fuese por la Phoenix-Durango. No podemos hacer nada si nos enfrentamos a una competencia destructiva de ese tipo. Nadie puede echarnos la culpa.

La presión en su pecho y en sus sienes, pensó Eddie Willers, era la tensión del esfuerzo que estaba haciendo; había decidido aclarar el asunto de una vez por todas, y el asunto estaba tan claro, pensó, que nada podría impedir que Taggart lo comprendiera, a menos que fuese porque él mismo lo estaba presentando mal. Así que lo había intentado con empeño, pero estaba fracasando, igual que siempre había fracasado en todas las discusiones que habían tenido; daba igual lo que dijera, ellos nunca parecían estar hablando del mismo tema.

—¿Jim, qué estás diciendo? ¿Es que importa que alguien nos eche la culpa, cuando la línea se está viniendo abajo?

James Taggart sonrió; era una sonrisa fina, divertida y fría.

—Es conmovedora, Eddie —dijo—. Es conmovedora... tu devoción por Taggart Transcontinental. Si no llevas cuidado, acabarás convirtiéndote en uno de esos verdaderos siervos feudales.

—Eso es lo que soy, Jim.

—Pero ¿puedo preguntar si es tu trabajo discutir esos temas conmigo?

—No, no lo es.

—Entonces ¿por qué no aprendes que tenemos departamentos que se encargan de las cosas? ¿Por qué no le informas de todo esto a quien le concierna? ¿Por qué no le lloras a mi querida hermana en el hombro?

—Mira, Jim, sé que no es mi cometido hablar contigo. Pero no puedo entender lo que está pasando. No sé qué es lo que tus consejeros oficiales te dicen, ni por qué no consiguen que lo entiendas. Así que pensé en intentar decírtelo yo mismo.

—Aprecio nuestra amistad de la infancia, Eddie, pero ¿crees que eso debería darte permiso para entrar aquí sin avisar cuando te plazca? Teniendo en cuenta tu propio rango, ¿no deberías recordar que yo soy el presidente de Taggart Transcontinental?

Era una pérdida de tiempo. Eddie Willers lo miró como siempre, no dolido, simplemente confuso, y preguntó:

—Entonces ¿no tienes intención de hacer nada con la Línea Río Norte?

—Yo no he dicho eso. Yo no he dicho eso para nada. —Taggart estaba mirando el mapa, la línea roja al sur de El Paso—. En cuanto las Minas de San Sebastián se pongan en marcha y nuestra filial mexicana empiece a dar resultados...

—No vamos a hablar de eso, Jim.

Taggart se volvió, sorprendido por el fenómeno sin precedentes de una ira implacable en la voz de Eddie.

—¿Qué pasa?

—Tú sabes lo que pasa, Jim. Tu hermana dijo que...

—¡Al diablo mi hermana! —dijo James Taggart.

Eddie Willers no se movió. No respondió. Permaneció en pie mirando al frente. Pero no veía ni a James Taggart ni nada en el despacho.

Un momento después, hizo una inclinación y salió.

En la antesala, los empleados del equipo personal de James Taggart estaban apagando las luces, preparándose para finalizar la jornada de trabajo. Pero Pop Harper, el jefe de contabilidad, seguía sentado en su escritorio, manipulando las palancas de una máquina de escribir medio desmembrada. Todo el mundo en la empresa tenía la impresión de que Pop Harper había nacido en ese rincón en concreto y en ese escritorio en concreto, y que nunca pensaba abandonarlo. Había sido el jefe de contabilidad del padre de James Taggart.

Pop Harper levantó la vista hacia Eddie Willers cuando salió del despacho del presidente. Era una mirada pausada y sabia; parecía decir que sabía que la visita de Eddie a esa parte del edificio significaba que había problemas en la línea, sabía que nada había resultado de la visita, y le era totalmente indiferente ese conocimiento. Era la cínica indiferencia que Eddie Willers había visto en los ojos del vagabundo en la esquina de la calle.

—Dime, Eddie, ¿sabes dónde puedo conseguir camisetas de lana? —preguntó—. He buscado por toda la ciudad, pero nadie las tiene.

—No lo sé —dijo Eddie, deteniéndose—. ¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Le pregunto a todo el mundo. Puede que alguien me lo diga.

Eddie miró con inquietud la cara vacía y demacrada, y el pelo blanco.

—Hace frío en este antro —dijo Pop Harper—. Y va a hacer más frío este invierno.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Eddie, señalando las piezas de la máquina de escribir.

—El maldito trasto se ha vuelto a romper. No tiene sentido mandarla a arreglar, tardaron tres meses en arreglarla la última vez. Pensé en repararla yo mismo. No creo que dure mucho. —Dejó caer su puño sobre las teclas—. Estás lista para convertirte en chatarra, vieja amiga. Tus días están contados.

Eddie se estremeció. Ésa era la frase que había intentado recordar: «Tus días están contados». Pero había olvidado en relación a qué había intentado recordarla.

—No sirve de nada, Eddie —dijo Pop Harper.

—¿Qué es lo que no sirve de nada?

—Nada. Todo.

—¿Qué pasa, Pop?

—No voy a solicitar una nueva máquina de escribir. Las nuevas están hechas de hojalata. Cuando las viejas desaparezcan, eso será el fin de las máquinas de escribir. Ha habido un accidente en el metro esta mañana, los frenos no funcionaron. Deberías irte a casa, Eddie, encender la radio y escuchar alguna buena orquesta. Olvídalo, chico. El problema contigo es que tú nunca has tenido una afición. Alguien ha vuelto a robar las bombillas eléctricas, las de la escalera, allí donde yo vivo. Tengo un dolor en el pecho. No he podido conseguir jarabe para la tos esta mañana, la farmacia de la esquina quebró la semana pa-

sada. El ferrocarril de la Texas-Western quebró el mes pasado. Ayer cerraron el puente de Queensborough por reparaciones temporales. En fin, ¿qué más da? ¿Quién es John Galt?

Estaba sentada junto a la ventanilla del tren, con la cabeza echada hacia atrás, una pierna estirada sobre el asiento vacío delante de ella. El marco de la ventanilla temblaba con la velocidad del movimiento, el cristal colgaba sobre una oscuridad vacía, y puntos de luz atravesaban el vidrio como rayos luminosos de vez en cuando.

Su pierna, delineada por el ceñido brillo de las medias, su larga línea trazando una recta, sobre un empeine arqueado, hasta la punta de un pie con un zapato de tacón, tenía una femenina elegancia que parecía estar fuera de lugar en el polvoriento vagón del tren, y que resultaba extrañamente incongruente con el resto de ella. Llevaba un desgastado abrigo de pelo de camello que había sido caro una vez, enrollado de cualquier manera alrededor de su cuerpo, esbelto y nervioso. El cuello del abrigo iba subido hasta el ala inclinada de su sombrero. Un mechón de cabello castaño le caía hacia atrás, casi tocando la línea de sus hombros. Su cara estaba formada por planos angulosos, la forma de su boca era bien definida, una boca sensual que se mantenía cerrada con inflexible precisión. Tenía las manos en los bolsillos del abrigo; su postura era tensa, como si se resintiese de la inmovilidad, y poco femenina, como si no fuese consciente de su propio cuerpo, y de que era un cuerpo de mujer.

Estaba sentada escuchando la música. Era una sinfonía de triunfo. Las notas fluían hacia arriba, hablaban de elevación y eran la elevación misma, eran la esencia y la forma del movimiento ascendente, parecían encarnar todo acto y pensamiento humano que tenía el ascenso como motivo. Era un estallido de sonido, saliendo de su encierro y extendiéndose por doquier. Tenía la libertad de una liberación y la tensión de un objetivo. Barría limpiando el espacio sin dejar más que el goce de un esfuerzo sin obstáculos. Sólo un débil eco dentro de los sonidos hablaba de aquello de lo cual la música había escapado, pero hablaba con risueño asombro ante el descubrimiento de que no existía fealdad ni dolor, y que nunca había tenido que existir. Era el canto de una inmensa liberación.

Pensó: por unos instantes..., mientras esto dure..., está bien rendirse por completo..., olvidarlo todo y, simplemente, permitirte a ti mismo sentir. Pensó: Déjate ir..., suelta las riendas..., eso es.

En algún lugar al borde de su mente, bajo la música, oyó el sonido de ruedas de tren. Golpeteaban a un ritmo constante, cada cuarto golpe acentuado, como insistiendo en un objetivo consciente. Podía relajarse, porque oía las ruedas. Escuchó la sinfonía, pensando: «Es por esto por lo que las ruedas han de seguir funcionando, y esto es hacia donde van».

Nunca había oído aquella sinfonía antes, pero sabía que había sido compuesta por Richard Halley. Ella reconocía la violencia y la magnífica intensidad. Reconocía el estilo del tema; era una melodía clara y compleja, en una

época en la que ya nadie componía melodías. Estaba sentada mirando el techo del vagón, pero no lo veía, y se había olvidado de dónde estaba. No sabía si estaba escuchando una orquesta sinfónica al completo o sólo el tema; quizá estaba escuchando la orquestación en su propia mente.

Pensó vagamente que había habido ecos premonitorios de ese tema en toda la obra de Richard Halley, a lo largo de todos los años de su larga lucha, hasta el día, ya en su mediana edad, en que la fama lo alcanzó de repente y lo dejó noqueado. Ésta, pensó, escuchando la sinfonía, había sido la meta de su lucha. Recordó intentos medio insinuados en su música, frases que lo prometían, retales de melodía que empezaban pero nunca lo alcanzaban del todo; cuando Richard Halley compuso eso, él... Se irguió en el asiento. *¿Cuándo* compuso eso Richard Halley?

En ese mismo instante se dio cuenta de dónde estaba, y se preguntó por primera vez de dónde provenía esa música.

Unos pasos más allá, al final del vagón, un guardafrenos estaba ajustando los mandos del aire acondicionado. Era rubio y joven. Estaba silbando el tema de la sinfonía. Ella se dio cuenta de que lo había estado silbando un buen rato y de que eso era todo lo que ella había oído.

Lo observó con incredulidad durante un tiempo, antes de levantar la voz para preguntar:

—Dime, por favor, ¿qué estás silbando?

El muchacho se volvió hacia ella. Ella se encontró con una mirada directa y vio una sonrisa abierta y entusiasta, como si él estuviese compartiendo un secreto con un amigo. A ella le gustó su cara; sus rasgos eran tersos y firmes, no tenía ese aspecto de músculos flácidos que evaden la responsabilidad de adquirir forma, que es lo que ella había aprendido a esperar en las caras de la gente.

—Es el Concierto de Halley —respondió él, sonriendo.

—¿Cuál de ellos?

—El Quinto.

Ella dejó pasar un momento, antes de decir lenta y muy cuidadosamente:

—Richard Halley compuso sólo cuatro conciertos.

La sonrisa del muchacho desapareció. Fue como si algo lo hubiera sacudido de vuelta a la realidad, como le había ocurrido a ella unos momentos antes. Era como si una persiana se hubiese cerrado de golpe, y lo que quedó fue un rostro sin expresión, impersonal, indiferente y vacío.

—Sí, por supuesto —dijo él—. Estoy en un error. Me he equivocado.

—Entonces ¿qué era?

—Algo que oí en algún sitio.

—¿El qué?

—No sé.

—¿Dónde lo oíste?

—No me acuerdo.

Ella hizo una pausa, impotente; él estaba dándole la espalda a ella, sin más interés.

—Sonaba como un tema de Halley —dijo ella—, pero conozco todas las notas que él ha escrito, y él nunca ha escrito eso.

Seguía sin haber expresión, sólo una leve mirada de atención en la cara del muchacho, mientras se volvía de nuevo hacia ella y le preguntaba:

—¿Le gusta la música de Richard Halley?

—Sí —dijo ella—, me gusta mucho.

Él la miró durante un instante, como dudando, y después se dio la vuelta. Ella observó la experta eficiencia de sus movimientos mientras continuaba trabajando. Trabajaba en silencio.

Ella no había dormido durante dos noches, pero no podía permitirse dormir; tenía demasiados problemas que considerar y no mucho tiempo: el tren debería llegar a Nueva York de madrugada. Ella necesitaba tiempo, aunque deseaba que el tren fuese más deprisa; pero era el Taggart Comet, el tren más rápido del país.

Trató de pensar; pero la música seguía en el filo de su mente, y ella siguió oyéndola, con todos sus acordes, como los pasos implacables de algo que no podía ser detenido. Sacudió la cabeza, enfadada, se quitó el sombrero de golpe y encendió un cigarrillo.

No iba a dormir, pensó; podía aguantar hasta la noche del día siguiente... Las ruedas del tren chasqueaban en marcado ritmo. Estaba tan acostumbrada a ellas que no las oía conscientemente, pero ese sonido se convirtió en una sensación de paz en su interior... Cuando apagó el cigarrillo, ella sabía que necesitaría otro, pero pensó que se daría un minuto, sólo unos minutos, antes de encenderlo...

Se había quedado dormida, y se despertó con una sacudida, sabiendo que algo iba mal, antes de saber qué era: las ruedas habían parado. El vagón estaba callado y sombrío bajo el brillo azulado de las lámparas nocturnas. Echó un vistazo a su reloj: no había motivo para parar. Miró por la ventanilla: el tren estaba detenido en medio de campos vacíos.

Oyó a alguien moverse en el asiento al otro lado del pasillo y preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevamos parados?

Una voz de hombre respondió con indiferencia:

—Una hora, más o menos.

El hombre la siguió con la mirada, medio dormido, porque ella se puso de pie de un salto y se lanzó hacia la puerta del vagón.

Afuera había un viento frío y una extensión vacía de tierra bajo un cielo vacío. Ella oyó el murmullo de la maleza en la oscuridad. A lo lejos vio las siluetas de hombres que estaban de pie al lado de la locomotora y, encima de ellos, colgando suelta en el cielo, la luz roja de una señal.

Fue andando rápidamente hacia ellos, pasando la inmóvil línea de ruedas. Nadie le prestó atención cuando se acercó. La tripulación del tren y unos cuantos pasajeros estaban apiñados bajo la luz roja. Habían dejado de hablar, parecían estar esperando con plácida indiferencia.

—¿Qué pasa? —preguntó.

El ingeniero se volvió, atónito. Su pregunta había sonado como una orden, no como la curiosidad de un pasajero lego. Ella estaba de pie, con las manos en los bolsillos y el cuello del abrigo alzado, con el viento azotando los mechones de su cabello sobre su rostro.

—Luz roja, señorita —dijo él, señalando hacia arriba con el pulgar.

—¿Cuánto tiempo lleva encendida?

—Una hora.

—Estamos fuera del trazado principal, ¿verdad?

—Eso es.

—¿Por qué?

—No lo sé.

El conductor tomó la palabra.

—No entiendo por qué nos han enviado a una vía muerta, esa aguja no estaba funcionando bien, y esta cosa no está funcionando en absoluto. —Movi6 la cabeza hacia arriba señalando la luz roja—. No creo que la se1al vaya a cambiar. Creo que est1 estropeada.

—Entonces ¿qu1 est1n haciendo?

—Esperando a que cambie.

En la pausa de ira sobresaltada que ella hizo, el fogonero contuvo una risa.

—La semana pasada, dejaron el mejor tren de la Atlantic Southern en un apartadero durante dos horas; fue s6lo el error de alguien.

—Éste es el Taggart Comet —dijo ella—. El Comet nunca ha llegado tarde.

—Es el único en el pa6s que no lo ha hecho —dijo el ingeniero.

—Siempre hay una primera vez —dijo el fogonero.

—Usted no entiende de ferrocarriles, se1ora —dijo un pasajero—. No hay ni un solo sistema de se1ales ni un solo coordinador de tr1fico en todo el pa6s que valga nada.

Ella no se gir6 ni se percat6 de su presencia, sino que le habl6 al ingeniero.

—Si usted sabe que la se1al est1 rota, ¿qu1 es lo que va a hacer?

A él no le gust6 su tono autoritario, y no pudo entender por qu1 ella lo asumía con tal naturalidad. Parecía una adolescente; s6lo su boca y sus ojos revelaban que era una mujer de m1s de treinta a1os. Los ojos gris oscuro eran directos y perturbadores, como si pudieran penetrar hasta la esencia de las cosas, dejando de lado lo intrascendente. La cara le resultaba vagamente familiar, pero no conseguía recordar d6nde la había visto.

—Se1orita, no pienso jugarle el cuello —dijo.

—Quiere decir —dijo el fogonero— que nuestro trabajo es esperar 6rdenes.

—Su trabajo es operar este tren.

—No contra una luz roja. Si la luz dice que paremos, paramos.

—Luz roja significa peligro, se1orita —dijo el pasajero.

—No vamos a arriesgarnos —dijo el ingeniero—. Quienquiera que sea responsable por esto nos echar1 la culpa a nosotros si nos movemos. AsÍ que no vamos a movernos hasta que alguien nos diga que lo hagamos.

—¿Y si nadie lo hace?

—Alguien aparecerá, tarde o temprano.

—¿Cuánto tiempo propone que esperemos?

El ingeniero se encogió de hombros, y dijo:

—¿Quién es John Galt?

—Quiere decir —dijo el fogonero—, no haga preguntas que nadie puede responder.

Ella miró la luz roja y la vía que se adentraba en la negra e inmaculada distancia. Dijo:

—Procedan con cuidado hasta la siguiente señal. Si está funcionando, continúen hasta la vía principal. Después deténganse en la primera oficina que esté abierta.

—¿Ah, sí? ¿Y quién dice eso?

—Yo lo digo.

—¿Y quién es usted?

Fue sólo la más breve de las pausas, un momento de asombro ante una pregunta que no se esperaba, pero el ingeniero miró más de cerca a su cara, y al mismo tiempo que la respuesta de ella, dijo sin aliento:

—¡Dios mío!

Ella respondió, no ofensivamente, simplemente como una persona que no oye la pregunta a menudo:

—Dagny Taggart.

—Bueno, no me... —dijo el fogonero, y entonces todos se quedaron callados.

Ella continuó, en el mismo tono de autoridad no forzada:

—Proceda hasta la vía principal y retenga el tren en la primera oficina abierta, yo me ocuparé a partir de ahí.

—Sí, señorita Taggart.

—Tendrá que recuperar tiempo. Tiene lo que queda de esta noche para hacerlo. Haga que el Comet llegue a su hora.

—Sí, señorita Taggart.

Ella se estaba dando la vuelta para irse, cuando el ingeniero preguntó:

—Si hay algún problema, ¿asume usted la responsabilidad, señorita Taggart?

—La asumo.

El conductor la siguió mientras ella regresaba a su vagón. Estaba diciendo, desconcertado:

—Pero... ¿un simple asiento en clase turista, señorita Taggart? Pero ¿cómo es eso? Pero ¿por qué no nos lo dijo?

Ella sonrió sin darle importancia.

—No tuve tiempo para formalidades —dijo Dagny—. Mandé enganchar mi vagón al tren número 22 que sale de Chicago, pero me bajé en Cleveland, y como el número 22 iba con retraso, dejé que se fuese mi vagón. El Comet vino a continuación y lo cogí. Ya no había sitio en el coche-cama.

El conductor sacudió la cabeza.

—Su hermano... él no habría viajado en clase turista.

Ella se rio.

—No, no lo habría hecho.

Los hombres que estaban cerca de la locomotora la miraron mientras se marchaba. El joven guardafrenos estaba entre ellos.

—¿Quién es ésa? —preguntó él, señalándola.

—Ésa es quien dirige Taggart Transcontinental —dijo el ingeniero; el respeto en su voz era auténtico—. Es la vicepresidente a cargo de Operaciones.

Cuando el tren arrancó con un tirón, con el estallido de su silbato ahogándose sobre los campos, ella estaba sentada junto a la ventanilla, encendiendo otro cigarrillo. Pensó: se está cayendo a pedazos, pero por todo el país, te lo puedes esperar en cualquier parte, en cualquier momento. Pero no sintió enfado ni ansiedad; no tenía tiempo para sentir.

Ésa sería sólo una incidencia más a ser resuelta junto con las otras. Sabía que el superintendente de la División de Ohio era un incompetente, y que era amigo de James Taggart. Ella no había insistido en echarlo ya hacía tiempo, sólo porque no tenía a nadie mejor que poner en su puesto. Hombres buenos eran extrañamente difíciles de encontrar. Pero tenía que librarse de él, pensó, y le daría su puesto a Owen Kellogg, el joven ingeniero que estaba haciendo un trabajo brillante como asistente del administrador de la Terminal Taggart en Nueva York; era Owen Kellogg quien dirigía la terminal. Ella había observado su trabajo durante un tiempo; siempre había buscado chispazos de talento, como un buscador de diamantes en un páramo poco prometedor. Kellogg era aún demasiado joven para ser nombrado superintendente de división; ella había querido darle otro año, pero no había tiempo que perder. Tendría que hablar con él en cuanto regresase.

La franja de tierra, vagamente visible por la ventanilla, se movía más deprisa ahora, fundiéndose en una corriente gris. Entre las secas frases llenas de cálculos en su mente, se dio cuenta de que sí que tenía tiempo para sentir algo: era el intenso y estimulante placer de la acción.

Con la primera silbante brisa de aire, mientras el Comet se zambullía en los túneles de la Terminal Taggart bajo la ciudad de Nueva York, Dagny Taggart se irguió en su asiento. Siempre tenía esa sensación cuando el tren se hundía bajo tierra, una sensación de impaciencia, de esperanza y de secreto entusiasmo. Era como si la existencia normal fuese una foto de formas amorfas en colores mal impresos y, en cambio, eso fuese un boceto hecho con unos cuantos trazos nítidos que hacían que las cosas parecieran limpias, importantes..., y que fueran cosas que valía la pena hacer.

Miró los túneles que fluían pasando de largo: desnudos muros de hormigón, un entramado de tuberías y cables, una red de raíles que se adentraban en agujeros negros con luces verdes y rojas que colgaban como distantes gotas de color. No había nada más, nada que lo diluyese, así que uno podía admirar el propósito desnudo y el ingenio que lo había conseguido. Pensó en el Edificio

Taggart, que se erguía sobre su cabeza en ese momento, apuntando directo hacia el cielo, y pensó: «Éstas son las raíces del edificio, raíces huecas retorciéndose bajo la tierra, alimentando la ciudad».

Cuando el tren paró, cuando ella bajó y oyó el hormigón del andén bajo sus tacones, se sintió ligera, elevada, impulsada a la acción. Echó a andar, deprisa, como si la velocidad de sus pasos pudiera darle forma a las cosas que sentía. Tardó unos instantes en darse cuenta de que estaba silbando una pieza musical... y de que era el tema del Quinto Concierto de Halley.

Sintió que alguien la estaba mirando, y se volvió. El joven guardaferros estaba allí, observándola tensamente.

Estaba sentada sobre el brazo del enorme sillón frente al escritorio de James Taggart, con el abrigo abierto echado sobre un vestido arrugado por el viaje. Eddie Willers estaba sentado al otro lado de la habitación, tomando notas de vez en cuando. Su posición era la de asistente especial al vicepresidente a cargo de Operaciones, y su principal deber era ser su guardaespaldas frente a cualquier pérdida de tiempo. Ella le había pedido que estuviese presente en reuniones de esa naturaleza, porque así nunca tendría que explicarle nada después. James Taggart estaba sentado en su escritorio, con la cabeza hundida entre los hombros.

—La Línea Río Norte es un montón de chatarra de una punta a otra —dijo ella—. Está mucho peor de lo que yo pensaba. Pero vamos a salvarla.

—Por supuesto —dijo James Taggart.

—Parte del raíl se puede mantener. No mucho, y no por mucho tiempo. Empezaremos a colocar raíles nuevos en los tramos de montaña, empezando por Colorado. Obtendremos el nuevo raíl en dos meses.

—Ah, ¿Orren Boyle dijo que va a...?

—He pedido el raíl de Rearden Steel.

El sutil ruido ahogado que emitió Eddie Willers fue su deseo reprimido de vitorear.

James Taggart no respondió de inmediato.

—Dagny, ¿por qué no te sientas en el sillón como Dios manda? —dijo por fin; su voz era petulante—. Nadie tiene reuniones de empresa de esa manera.

—Yo sí.

Ella esperó. Él preguntó, con sus ojos evitando los de ella:

—¿Has dicho que *has hecho* el pedido de raíl a Rearden?

—Ayer por la noche. Lo llamé desde Cleveland.

—Pero el Consejo de Administración no lo ha autorizado. Yo no lo he autorizado. No me has consultado.

Ella se inclinó hacia delante, levantó el auricular de un teléfono en el escritorio y se lo pasó a él.

—Llama a Rearden y cancelalo —dijo.

James Taggart retrocedió en su silla.

—Yo no he dicho eso —respondió, irritado—. No he dicho eso en absoluto.

—Entonces ¿sigue en pie?

—No he dicho eso tampoco.

Ella se volvió.

—Eddie, haz que redacten el contrato con Rearden Steel. Jim lo firmará.

—Sacó un trozo arrugado de papel de notas de su bolsillo y se lo lanzó a Eddie—. Ahí están los números y las condiciones.

—Pero el consejo no ha... —empezó Taggart.

—El consejo no tiene nada que ver con esto. Te autorizaron a comprar los raíles hace trece meses. Dónde los compras es cosa tuya.

—No creo que esté bien tomar una decisión así sin darle al consejo la oportunidad de expresar una opinión. Y no veo por qué se me debería obligar a mí a asumir la responsabilidad.

—Yo la estoy asumiendo.

—¿Y qué pasa con el gasto que...?

—Rearden está cobrando menos que la Associated Steel de Orren Boyle.

—Ya, ¿y qué pasa con Orren Boyle?

—He cancelado el contrato. Teníamos derecho a cancelarlo hace seis meses.

—¿Cuándo hiciste eso?

—Ayer.

—Pues no me ha llamado para que yo lo confirme.

—No lo hará.

Taggart se quedó mirando a su mesa de escritorio. Ella se preguntó por qué a él le molestaba tener que hacer negocios con Rearden, y por qué su resentimiento tenía un carácter tan raro y evasivo. Rearden Steel había sido el principal proveedor de Taggart Transcontinental durante diez años, desde que encendieran el primer alto horno de Rearden, en los tiempos en que su padre era presidente del ferrocarril. Durante diez años, la mayoría de sus raíles habían provenido de Rearden Steel. No había muchas empresas en el país que entregasen lo que se les pedía, cuando y como se les pedía. Rearden Steel era una de ellas. Si ella estuviese loca, pensó Dagny, concluiría que su hermano odiaba tratar con Rearden porque Rearden hacía su trabajo con una eficiencia superlativa; pero no iba a concluir eso, porque pensaba que un sentimiento así no estaba dentro de lo humanamente posible.

—No es justo —dijo James Taggart.

—¿El qué?

—Que siempre le demos todos nuestros negocios a Rearden. Me parece a mí que deberíamos darle una oportunidad también a alguien más. Rearden no nos necesita; él es suficientemente grande. Deberíamos ayudarles a los tipos más pequeños a desarrollarse. Si no, sólo estamos fomentando un monopolio.

—No digas ridiculeces, Jim.

—¿Por qué siempre tenemos que comprarle las cosas a Rearden?

—Porque siempre nos entrega lo que pedimos.

—No me gusta Henry Rearden.

—A mí sí. Pero ¿qué más da eso, sea como fuere? Necesitamos raíles, y él es el único que puede dárnoslos.

—El factor humano es muy importante. No tienes ningún sentido del factor humano.

—Estamos hablando de salvar un ferrocarril, Jim.

—Sí, claro, claro, pero aun así, no tienes ningún sentido del factor humano.

—No. No lo tengo.

—Si le hacemos a Rearden un pedido tan grande de raíles de acero...

—No serán de acero. Serán de Metal Rearden.

Ella siempre había evitado reacciones personales, pero se vio obligada a romper su norma cuando vio la expresión en la cara de Taggart. Rompió a reír.

El Metal Rearden era una nueva aleación, producida por Rearden después de diez años de experimentos. Lo había sacado al mercado hacía poco. No había recibido ningún pedido, ni había encontrado ningún cliente.

Taggart no pudo entender la transición entre la risa y el repentino tono de voz de Dagny; la voz era fría y áspera:

—Déjalo, Jim. Sé todo lo que vas a decir. Nadie lo ha usado antes. A nadie le parece bien el Metal Rearden. A nadie le interesa. Nadie lo quiere. A pesar de eso, nuestros raíles van a estar hechos de Metal Rearden.

—Pero... —dijo Taggart—, pero... inadie lo ha usado antes!

Él notó, con satisfacción, cómo a ella le había silenciado la ira. Le gustaba fijarse en las emociones; eran como faroles rojos colgados a lo largo del oscuro abismo de la personalidad de otro, marcando puntos vulnerables. Pero cómo alguien podía sentir una emoción personal por una aleación de metal, y lo que esa emoción indicaba, era incomprendible para él; así que no pudo hacer uso de su descubrimiento.

—El consenso de las mejores autoridades en metalurgia —dijo— parece ser altamente escéptico sobre el Metal Rearden, afirmando que...

—Déjalo, Jim.

—Bueno, ¿de quién es la opinión que has seguido?

—Yo no pido opiniones.

—¿Y con qué te guías?

—Juicio.

—Ya, ¿el juicio de quién has seguido?

—El mío.

—Pero ¿a quién has consultado sobre esto?

—A nadie.

—Entonces ¿qué narices sabes tú sobre el Metal Rearden?

—Que es lo mejor que ha salido jamás al mercado.

—¿Por qué?

—Porque es más duro que el acero, más barato que el acero, y durará más que cualquier otro pedazo de metal existente.

—Pero ¿quién dice eso?

—Jim, estudié ingeniería en la universidad. Cuando veo cosas, las veo.

—¿Qué has visto?

—La fórmula de Rearden y los ensayos que me mostró.

—Pues si fuera tan bueno, alguien lo habría usado, y nadie lo ha hecho. —Él vio el destello de rabia, y prosiguió nerviosamente—: ¿Cómo puedes *saber* que es bueno? ¿Cómo puedes estar segura? ¿Cómo puedes decidir?

—Alguien decide esas cosas, Jim. ¿Quién?

—Bueno, no veo por qué nosotros tenemos que ser los primeros. No lo veo en absoluto.

—¿Quieres salvar la Línea Río Norte, o no? —Él no respondió—. Si el ferrocarril pudiera permitirselo, arrancaría cada trozo de raíl de toda la red y lo sustituiría por Metal Rearden. Hay que reemplazarlo todo. Nada de lo que hay aguantará mucho más. Pero no podemos permitirnoslo. Primero tenemos que salir de este bache. ¿Quieres que salgamos adelante, o no?

—Seguimos siendo el mejor ferrocarril del país. A los otros les está yendo mucho peor.

—Entonces ¿quieres que sigamos en el bache?

—¡Yo no he dicho eso! ¿Por qué siempre tienes que simplificar las cosas de esa forma? Y si lo que te preocupa es el dinero, no veo por qué quieres gastarlo en la Línea Río Norte, cuando la Phoenix-Durango nos ha robado todo nuestro mercado allí. ¿Para qué gastar dinero cuando no tenemos protección frente a un competidor que va a destrozar nuestra inversión?

—Porque la Phoenix-Durango es un ferrocarril excelente, pero yo tengo intención de hacer que la Línea Río Norte sea aún mejor. Porque voy a machacar a la Phoenix-Durango si hace falta; aunque no lo hará, porque va a haber sitio para que dos o tres ferrocarriles se hagan ricos en Colorado. Porque yo hipotecaría toda la red para construir un ramal que vaya a cualquier distrito alrededor de Ellis Wyatt.

—Estoy harto de oír hablar de Ellis Wyatt.

A él no le gustó el modo en que los ojos de ella se movieron para mirarlo y se quedaron quietos, mirándolo, durante un momento.

—No veo ninguna necesidad de acción inmediata —dijo; parecía ofendido—. Exactamente ¿qué es lo que te parece tan alarmante en la situación actual de Taggart Transcontinental?

—Las consecuencias de tus políticas, Jim.

—¿Qué políticas?

—Ese experimento de trece meses con la Associated Steel, para empezar. Luego, tu desastre en México.

—El consejo aprobó el contrato con la Associated Steel —dijo él precipitadamente—. El consejo votó construir la Línea San Sebastián. Además, no entiendo por qué lo llamas desastre.

—Porque el gobierno mexicano va a nacionalizar tu línea en cualquier momento.

—¡Eso es mentira! —Su voz casi era un chillido—. ¡Eso no son más que rumores malintencionados! Lo sé de muy buena fuente, con autoridad interna que...

—No muestres que estás asustado, Jim —dijo ella con desprecio. Él no respondió.

—No sirve de nada entrar en pánico ahora —dijo ella—. Lo único que podemos hacer es intentar amortiguar el golpe. Va a ser un golpe duro. Cuarenta millones de dólares son una pérdida de la que no nos recuperaremos fácilmente. Pero Taggart Transcontinental ha resistido muchos embates feos en el pasado. Yo me encargaré de que resista éste.

—Me niego a considerar, rotundamente me niego a considerar, la posibilidad de que la Línea San Sebastián vaya a ser nacionalizada.

—Muy bien. No la consideres.

Ella permaneció en silencio. Él dijo defensivamente:

—No veo por qué estás tan ansiosa por darle una oportunidad a Ellis Wyatt, y en cambio piensas que está mal participar en desarrollar un país necesitado que nunca ha tenido una oportunidad.

—Ellis Wyatt no le está pidiendo a nadie que le dé una oportunidad. Y yo no estoy en el negocio para dar oportunidades. Estoy dirigiendo un ferrocarril.

—Eso es ser muy corto de miras, me parece a mí. No veo por qué deberíamos ayudarle a un hombre en vez de a una nación entera.

—No estoy interesada en ayudar a nadie. Quiero ganar dinero.

—Ésa es una actitud muy poco práctica. La codicia egoísta por sacar beneficios es cosa del pasado. Se ha llegado al consenso general de que los intereses de la sociedad como un todo deben siempre anteponerse a los planes de cualquier empresa que...

—¿Cuánto tiempo pretendes hablar para poder evadir el asunto, Jim?

—¿Qué asunto?

—El pedido de Metal Rearden.

Él no respondió. Se quedó sentado estudiándola en silencio. El cuerpo esbelto de ella, a punto de desplomarse de cansancio, se mantenía erguido gracias a la línea recta de sus hombros, y los hombros se mantenían gracias a un consciente esfuerzo de voluntad. A poca gente le gustaba su cara: el rostro era demasiado frío, los ojos demasiado intensos; nada haría nacer en su rostro el encanto de tonos más suaves. Las hermosas piernas, que se inclinaban hacia el suelo desde el brazo del sillón en el centro del campo de visión de él, lo irritaban: arruinaban el resto de su evaluación.

Ella permaneció en silencio; él se vio obligado a preguntar:

—¿Decidiste hacer el pedido así sin más, de pronto, y por teléfono?

—Lo decidí hace seis meses. Estaba esperando a que Hank Rearden estuviese listo para empezar la producción.

—No le llames *Hank* Rearden. Es vulgar.

—Es como todo el mundo lo llama. No cambies de tema.

—¿Por qué tuviste que llamarlo anoche?

—No pude contactar con él antes.

—¿Por qué no esperaste hasta que volvieras a Nueva York y...?

—Porque había visto la Línea Río Norte.

—Bueno, necesito tiempo para pensarlo, para plantearle el tema al consejo, consultar a los mejores...

—No hay tiempo.

—No me has dado la oportunidad de formar una opinión.

—Me importa un bledo tu opinión. No voy a discutir ni contigo ni con tu consejo ni con tus académicos. Tienes una decisión que tomar, y vas a tomarla ahora. Sólo di sí o no.

—Eso es una forma ridícula, injusta y arbitraria de...

—¿Sí o no?

—Ése es el problema contigo. Siempre lo llevas todo a «sí» o «no». Las cosas nunca son tan absolutas como eso. Nada es absoluto.

—Los raíles de metal lo son. Que los consigamos o no, lo es.

Ella esperó. Él no respondió.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—¿Asumes tú la responsabilidad por ello?

—La asumo.

—Adelante —dijo él, y añadió—: Pero por tu cuenta y riesgo. No voy a cancelar, pero no me comprometo en cuanto a lo que les diré al consejo.

—Diles lo que te dé la gana.

Ella se levantó para irse. Él se inclinó hacia delante en el escritorio, reacio a terminar la entrevista y a hacerlo de forma tan tajante.

—Te das cuenta, por supuesto, de que será necesario un largo proceso para sacar esto adelante —dijo él; las palabras sonaban casi esperanzadas—. No es tan fácil como parece.

—Sí, claro —dijo ella—. Yo te enviaré un informe detallado, que Eddie preparará y que tú no leerás. Eddie te ayudará a procesarlo como haga falta. Me voy a Filadelfia esta noche para ver a Rearden. Él y yo tenemos un montón de trabajo que hacer. —Y añadió—: Es así de fácil, Jim.

Ella se había vuelto para irse, cuando él habló de nuevo, y lo que dijo pareció increíblemente irrelevante:

—Eso funciona para ti, porque tú tienes suerte. Otros no pueden hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Otras personas son humanas. Son sensibles. No pueden dedicar toda su vida a metales y motores. Tú tienes suerte; tú nunca has tenido sentimientos. Nunca has sentido nada en absoluto.

Mientras lo miraba, sus ojos gris oscuro fueron pasando lentamente del asombro a la quietud, y luego a una extraña expresión semejante a una mirada de cansancio, sólo que parecía reflejar mucho más que tener que aguantar ese momento concreto.

—No, Jim —dijo con calma—, supongo que nunca he sentido nada en absoluto.

Eddie Willers la siguió hasta su despacho. Cada vez que ella regresaba, él sentía como si el mundo se hubiese vuelto claro, simple, fácil de encarar, y olvidaba sus momentos de informe aprensión. Él era la única persona que

encontraba totalmente natural que ella fuese vicepresidente de Operaciones de un gran ferrocarril, aunque fuese una mujer. Ella le había dicho, cuando él tenía diez años de edad, que ella dirigiría el ferrocarril algún día. Eso no le extrañaba a él ahora, igual que no le había extrañado aquel día en un claro del bosque.

Cuando entraron en su despacho, cuando la vio sentarse en su escritorio y echar un vistazo a las notas que él le había dejado, él se sintió igual que en su coche cuando el motor arrancaba y las ruedas se podían poner en movimiento.

Él estaba a punto de salir del despacho cuando recordó un asunto del que no le había informado.

—Owen Kellogg, de la División de la Terminal, me pidió cita para verte —dijo.

Ella alzó la mirada, sorprendida.

—Qué curioso. Iba a llamarlo yo. Dile que suba. Quiero verle. Eddie... —añadió ella de repente—, antes de empezar, díles que me pongan al teléfono con Ayers, de la Ayers Music Publishing Company.

—¿La Music Publishing Company? —repitió él con incredulidad.

—Sí. Hay algo que quiero preguntarle.

Cuando la voz del señor Ayers, cortésmente atenta, preguntó en qué podía servirle, ella preguntó:

—¿Puede decirme si Richard Halley ha escrito un nuevo concierto para piano, el Quinto?

—¿Un *quinto* concierto, señorita Taggart? Pues no, desde luego que no lo ha hecho.

—¿Está seguro?

—Totalmente seguro, señorita Taggart. Lleva sin componer nada desde hace ocho años.

—¿Sigue vivo?

—Bueno, sí..., es decir, no puedo decirlo con certeza, ha salido del todo de la vida pública, pero estoy seguro de que nos habríamos enterado si hubiese muerto.

—Si compusiese algo, ¿ustedes se enterarían?

—Por supuesto. Seríamos los primeros en saberlo. Publicamos todas sus obras. Pero ha dejado de componer.

—Ya veo. Gracias.

Cuando Owen Kellogg entró en su oficina, ella lo miró con satisfacción. Se alegraba de ver que había estado en lo cierto sobre el vago recuerdo de su apariencia; su rostro tenía la misma cualidad que la del joven guardafrenos del tren, el rostro del tipo de hombre con el que ella podía tratar.

—Síntese, señor Kellogg —dijo ella, pero él permaneció de pie frente a su escritorio.

—Usted me pidió una vez que le hiciera saber si algún día decidía cambiar de empleo, señorita Taggart —dijo él—. Así que he venido a decirle que me marchó.

Ella había esperado cualquier cosa menos eso; tardó un momento antes de preguntar en voz baja:

—¿Por qué?

—Por un motivo personal.

—¿Está usted descontento aquí?

—No.

—¿Ha recibido una oferta mejor?

—No.

—¿A qué ferrocarril va?

—No me voy a ningún ferrocarril, señorita Taggart.

—Entonces ¿a qué empleo se va a dedicar?

—No he decidido eso aún.

Ella lo estudió detenidamente, sintiéndose ligeramente incómoda. No había ninguna hostilidad en su cara; él la miraba directamente, respondía de forma simple y directa; hablaba como alguien que no tiene nada que ocultar ni que mostrar; la cara era cortés y vacía.

—Entonces ¿por qué desearía usted marcharse?

—Es un asunto personal.

—¿Está enfermo? ¿Es cuestión de su salud?

—No.

—¿Se va de la ciudad?

—No.

—¿Ha heredado algún dinero que le permita retirarse?

—No.

—¿Tiene intención de seguir trabajando para ganarse la vida?

—Sí.

—Pero no quiere trabajar para Taggart Transcontinental.

—No.

—En ese caso, algo debe haber pasado que haya causado su decisión. ¿Qué?

—Nada, señorita Taggart.

—Me gustaría que me lo dijese. Tengo un buen motivo para querer saberlo.

—¿Confía en mi palabra, señorita Taggart?

—Sí.

—Ninguna persona, asunto o evento relacionados con mi trabajo aquí han tenido nada que ver con mi decisión.

—¿No tiene ninguna queja específica contra Taggart Transcontinental?

—Ninguna.

—Entonces creo que podría reconsiderarlo cuando oiga lo que tengo que ofrecerle.

—Lo siento, señorita Taggart. No puedo.

—¿Puedo decirle lo que tengo en mente?

—Sí, si lo desea.

—¿Se fía usted de mi palabra si le digo que decidí ofrecerle el puesto que voy a ofrecerle antes de que usted pidiese hablar conmigo? Quiero que sepa eso.

—Yo siempre me fiaré de su palabra, señorita Taggart.

—Es el puesto de superintendente de la División de Ohio. Es suyo, si lo quiere.

Su cara no mostró ninguna reacción, como si las palabras no tuviesen mayor significado para él que para un salvaje que nunca hubiese oído hablar de ferrocarriles.

—No lo quiero, señorita Taggart —respondió.

Después de un momento, ella dijo, su voz tensa:

—Diga sus condiciones, Kellogg. Ponga usted el precio. Quiero que se quede. Puedo igualar cualquier cosa que le ofrezca cualquier otro ferrocarril.

—No me voy a trabajar a ningún otro ferrocarril.

—Pensé que a usted le encantaba su trabajo.

Ése fue el primer signo de emoción en él, tan sólo una leve dilatación de sus ojos y un énfasis extrañamente silencioso en su voz, al responder:

—Me encanta.

—¡Entonces dígame qué es lo que tendría que decir para hacer que se quede!

Había sido algo tan involuntario y claramente sincero, que él la miró como si le hubiese llegado al corazón.

—Quizá estoy siendo injusto al venir aquí a decirle que me marchó, señorita Taggart. Sé que usted me pidió que se lo dijera porque quería tener la oportunidad de hacerme una contraoferta. Así que, al haber venido, puede parecer que esté abierto a negociar. Pero no lo estoy. He venido sólo porque yo..., yo quería mantener mi palabra con usted.

Esa pausa en su voz fue como un repentino flash que le hizo ver a ella lo mucho que su interés y su petición habían significado para él; y que su decisión no había sido nada fácil de tomar.

—Kellogg, ¿no hay nada que pueda ofrecerle? —preguntó ella.

—Nada, señorita Taggart. Nada en el mundo.

Se volvió para irse. Por primera vez en su vida, ella se sintió impotente y derrotada.

—¿Por qué? —preguntó, sin dirigirse a él.

Él se detuvo y giró. Se encogió de hombros y sonrió; se llenó de vida durante un momento, y fue la sonrisa más extraña que ella había visto jamás: albergaba un regocijo secreto, y sufrimiento, y una infinita amargura. Respondió:

—¿Quién es John Galt?